

todo artificio nos remite, como en Bécquer, a la irreductibilidad de la experiencia poética a la palabra. La gota de rocío no puede ser captada por el significado básico de la palabra, pues su belleza se degradaría. Lo que importa son las relaciones sorprendidas, las posibilidades asociativas y el poder sugeridor del poder sonoro. El poema se inicia con unos versos en que lo accesorio se elimina, ateniéndose más a la impresión profunda que la palabra «rocío» provoca que a la exactitud de su contenido, o al efecto producido en los sentidos:

No es nada el rocío, fijaros. No tocarlo.
Hay que dejarlo estar en su sabiduría.
Ahí, en la mata, no se pierde su lectura,
aunque no exista pañuelo que lo anide,
ni tacto que pueda desentrañar su hálito,
ni volumen librado que lo describa
y nos lo arrime al paladar. (p. 67)

Y la sugestión lírica y misteriosa que provoca tiene un carácter efímero o irrepitible como experiencia:

Nace con la aurora, como tantos niños.
Muere con el sol, como tantos hombres (p. 67)

Fragilidad y brevedad de una belleza que nace cada mañana y se eclipsa con la llegada del sol, o por la insensibilidad de los humanos: «esperando sumiso que pisemos su aureola» (p. 68).

El centro de la preocupación de la poesía de Manuel Ríos Ruiz radica en el sufrimiento del hombre andaluz, y especialmente en el dolor secular de una raza perseguida cuya cultura es la música. Y de ésta extrae el poeta la magia de un lenguaje inefable, de una poesía que no nace de las ideas, sino del sentimiento, la emoción y una visión misteriosa. Poesía que, como en Bécquer, no es fruto de la reflexión, sino que brota como nos dice el poeta sevillano, «del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra y huye, y desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre, despierta con una que las toca, las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía».

José Ortega

Veinticinco años de *Un mundo para Julius*

Aunque el prestigio de que goza hoy día el autor peruano descansa en primer lugar sobre sus dos novelas de Martín Romaña, *La vida exagerada de Martín Romaña* y *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*¹ —una saga vagamente autobiográfica que lleva al lector a lo largo de la revolucionaria década de 1960—, *Un mundo para Julius*², su primera novela, fechada en 1970, consigue sobrellevar con encanto el paso del tiempo: en efecto, a la edad de 25, sigue siendo una novela particularmente divertida y penetrante. En poco menos de 600 páginas, Bryce Echenique³ guía a sus lectores a través del invernadero que la alta oligarquía limeña ha construido como su espacio vital. Bryce Echenique realiza este viaje observando de cerca el crecimiento y desarrollo de un niño que tiene cuatro años de edad cuando nos lo presenta al comienzo de la nove-

¹ Alfredo Bryce Echenique. 1981. *La vida exagerada de Martín Romaña*. Barcelona: Argos Vergara; 1985. *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*. Barcelona: Plaza y Janés.

² *Un mundo para Julius* (Barcelona: Barral, primera edición, 1971). Todas las citas provienen de la edición de Barcelona: LaiaB, 1979.

³ Alfredo Bryce Echenique nació en Lima en 1939. Obtuvo su Licenciatura en Derecho y Letras de la Universidad de San Marcos, más tarde continuó sus estudios en la Sorbona. Pasó cerca de veinte años en Francia, donde enseñó en diferentes universidades. En 1981 se mudó a España donde continúa escribiendo. Ya había publicado en revistas literarias latinoamericanas antes de que su libro de cuento *Huerto cerrado fuera publicado por la Casa de las Américas de Cuba en 1968*. Además es el autor de varios volúmenes de cuentos, un libro de viajes y, más recientemente, un libro de memorias.

la, y que apenas llega a los 11 cuando la historia termina. En la medida en que presenta la naturaleza artificial del modo de vida de la oligarquía peruana, Bryce Echenique dirige la mirada del lector hacia las múltiples contradicciones que dicha clase consigue generar con cuanto vive por fuera de las paredes de sus palacios artificiales—o incluso dentro de ellas—, puesto que la novela trata principalmente sobre las contradicciones que echan raíces en el alma del niño en el curso de su preparación para convertirse en un adolescente y en un buen miembro de su clase.

Al lado del núcleo familiar de Julius, Bryce Echenique muestra un conjunto de personajes que provienen de diferentes estratos sociales: además de Juan Lastarria, el trepador social que se mueve en los alrededores del círculo más íntimo pero que nunca será uno de ellos, el autor presenta al grupo de criados domésticos, en su mayoría serranos asimilados a la cultura urbana (es decir, que han sido deformados tanto sociológica como ideológicamente por su condición de servidumbre). Bryce nos ofrece la posibilidad de echar una mirada, aunque superficial, al mundo del proletariado, en una escena en la que encontramos una clase que consigue ver con toda claridad la realidad fundamental de su vida, es decir, que está siendo explotada. Aunque a primera impresión estos círculos concéntricos puedan parecer totalmente aislados, la novela se empeña en desnudar la dialéctica que los une y que los separa mostrando que el pegamento que les permite seguir funcionando en conjunto, al tiempo que les impide mezclarse, no es otro que la alienación.

El concepto de alienación, si bien básico en los análisis modernos de la sociedad y del comportamiento humano, no deja de ser un concepto difícil de definir. Aunque las limitaciones de un ensayo de esta naturaleza no permiten detenernos en profundidad en una discusión sobre este tema, se hace indispensable incluir al menos unas palabras para explicar el sentido en que lo usamos aquí. Casi todas las definiciones de alienación incluyen el sentido de separación e implican un sentimiento de parte del individuo de que ha perdido contacto, bien consigo mismo, bien con el producto de su trabajo, o bien con la sociedad en su conjunto. Tal sentimiento de aislamiento puede manifestarse en el senti-

do de que los valores o ideales del individuo no son compartidos por el resto de la sociedad; de que uno ha sido excluido de relaciones sociales satisfactorias o —más básicamente—, en el sentimiento de que, de alguna imprecisa manera, el individuo ha sido expatriado de sí mismo⁴.

Todos los personajes de *Un mundo para Julius*, independientemente de su clase social, dan claras muestras de alienación, ya sea de sí mismos, del conjunto de la sociedad, o de ambos. Como resultado de su alienación, los personajes asumen actitudes aparentemente contradictorias: a la vez que se odian a sí mismos, odian tanto a sus superiores como a sus inferiores; a la vez que se rechazan a sí mismos, rechazan a sus inferiores, pero intentan por todos los medios parecerse a sus superiores. Es precisamente este tipo de alienación lo que hace que la preciosa madre de Julius cambie su nombre verdadero de Susana por su equivalente inglés de Susan, puesto que de esa manera se puede funcionar mejor en Londres: «¿Susana o Susan?, nunca lo he sabido muy bien: daddy me llama Susan y mami Susana, yo firmaba Susana pero en Londres nadie me ha vuelto a llamar así, sólo mami en sus cartas, ya hasta me suena extraño.» (318). Es, también, este sentimiento de alienación lo que hace que Carlos, el chofer familiar, se sienta orgulloso de ser chofer precisamente de esta familia, hasta que aparece otra persona con un uniforme más conspicuo: «Carlos, por su parte, anunció que él se iba a encargar de las maletas, pero otro hombre apareció con gorra diciendo lo mismo y se odiaron; al mismo tiempo un tercer hombre con gorra y placa con números en la solapa, apareció tratando de cobrar algo y de cuidar el auto, pero Carlos le dijo que para eso estaba él y se odiaron también.» (54) Es la misma alienación que hace que Juan Lastarria se una al Club de Golf e imite cada cosa que hace Juan Lucas, el padrastro de Julius, y es por eso por lo que se odia a sí mismo cuando no puede alcanzar los mismos niveles de éxito social: «Al entrar en la gran sala del palacio, Lastarria

⁴ Una discusión más completa del concepto de «alienación» debería incluir referencias a las obras de, al menos, Marx, Durkheim y Weber como fuentes del concepto en los siglos XIX y XX. Entre los pensadores más modernos habría que incluir al menos a Fromm y Marcuse.

pensó en tanto antepasado y en tanta tradición, pero el llamado del presente pudo más que todo: ahí estaba Juan Lucas. Lastarria se sintió enano pero feliz. Más feliz cuando otros lo saludaron.» (106)

La oligarquía terrateniente que puebla la novela no sólo está alienada, sino que es alienante. Sin embargo, su existencia de invernadero no debe tomarse en ningún caso como un signo de debilidad o derrota, y esta es una de las grandes virtudes de la novela, pues penetra e ilumina el modo de reproducción de esta clase social y la capacidad con que reproduce su espacio vital (su alianza con el capital extranjero), a la vez que muestra el proceso ideológico mediante el cual reproduce las condiciones de su existencia como clase social.

La educación inicial de Julius queda en manos de la servidumbre doméstica, con la consecuencia de que desde su más tierna infancia encuentra que es natural tratar y querer a los criados como a seres humanos. Por lo demás, considera que el mundo de la cocinera y el mundo de Vilma, su niñera, o el del chofer Carlos, preocupado con las finanzas de su club de serranos, son más humanos que el mundo en que viven su madre y su padrastro. En efecto, Julius crece con el convencimiento de que los valores que informan el mundo de los sirvientes, son valores reales cuyo funcionamiento social él percibe con simpatía, en abierto contraste con los valores degradados del mundo de sus padres.

No es, pues, de sorprenderse que sea Juan Lucas el primero en darse cuenta de ello y el primero en resentir la manera en que Julius ve la vida y se relaciona con las personas. En repetidas ocasiones se queja ante la madre de Julius de que el niño pasa demasiado tiempo con los criados y, mientras que sus relaciones con los hijos mayores de Susan son más fluidas, en su trato con Julius se forman muchos baches. Serán, sin embargo, la vida misma y el proceso educativo al cual se lo somete cuando llega a la edad escolar, los que se encargarán de crear en Julius los conflictos sobre los que trata la novela. Las monjitas americanas que regentan el colegio al cual va Julius; su contacto con otros chicos de su misma edad y clase, al igual que los contrastes que empieza a percibir entre él mismo y sus compañeros de clase baja, terminarán por desarrollar en él las contra-

dicciones entre el conjunto de valores que él asume y los que predominan en la sociedad.

Una de las ocasiones en que dichas contradicciones se hacen evidentes, es la escena en que Julius se da cuenta de que la antigua criada —cuya casa visita en compañía de Carlos, el chofer— no lleva guantes para servirle el té. Julius no consigue evitar el vómito, a la vista de las manos desnudas de la vieja. Después de esta escena, su conciencia de clase se irá perfilando, hasta el momento doloroso, hacia el final de la novela, cuando consigue formular con cierta precisión su posición en la escala social del Perú.

Tan importante en la generación de contradicciones en el alma de Julius es su amistad con Cano en la escuela elemental. Esta experiencia le permite comprender las diferencias sociales, a la vez que lo acerca a la comprensión de que sus valores no sólo no funcionan en su mundo social, sino de que, por lo menos en algunas ocasiones, no le es fácil hacer que funcionen para sí mismo. Cuando sus compañeros de clase se dan cuenta de que Cano proviene de una clase más baja, uno de ellos se siente con derecho a ponerle apodos, y todos se ríen con la humorada. Julius está presente y también se ríe, pero «cuando le vio la cara larga de tristeza, muy pálida, pegó las manos al cuerpo y se marchó preocupadísimo hacia el otro extremo del patio, de ahí se dirigió al baño, siempre buscando alejarse un ratito de la escena alegre que se descompuso, siempre buscando un lugar donde no existiera esa pena que ahora crecía cambiando a remordimiento.» (179)

Al final, Julius consigue entender que él es «hijo de Susan casada con Juan Lucas, hermano de Bobby, regresando de despedir a su hermano Santiago que estudia en los Estados Unidos, que acaba de partir con su amigo Lester, regresando de despedirlos en la camioneta Mercury que avanza veloz por la avenida Javier Prado, mírenme, no pasa nada, sólo que...» (586) —y no diré cuál es precisamente la salvedad, puesto que se trata de uno de los secretos mejor guardados de la novela—. Lo que sí diré es que la única cosa que está pasando es que Julius se ha enterado de algo que ha revuelto por completo el sentido que su mundo tenía cuando era cuidado cariñosamente por su niñera Vilma y por las cocineras y por los choferes y por los jardine-